

# EL RITMO DE LA NOCHE

MICHELLE DURÁN



CROSS  
BOOKS



EL RITMO  
DE LA NOCHE

MICHELLE DURÁN

CROSS  
BOOKS

CROSSBOOKS, 2023  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.  
© del texto, Michelle Durán  
Ilustración de la cubierta: © Melania Badosa

© Editorial Planeta, S. A., 2023  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: febrero de 2023  
ISBN: 978-84-08-26782-9

Depósito legal: B. 432-2023  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Había algo casi místico en el acto de pegar un puñetazo. La conexión piel con piel, la descarga de energía, el mero contacto humano.

A Mark lo ponía a cien.

Un crujido rompió la noche y la sangre empezó a manar a borbotones. Mark se alejó de su víctima sacudiendo la mano. El gilipollas de Peterson tenía la nariz más dura de lo que esperaba.

—¡Eh, Clark, cuidado por ahí! —oyó.

Mark se agachó justo a tiempo de evitar que una botella de cerveza le golpeará la cabeza, pero no acertó a ver quién era el capullo de la mala puntería. A su alrededor, todo ocurría muy deprisa. Harvey se enfrentaba a uno de los colegas de Peterson un par de metros más allá. Otro tipo, Theo, parecía haber noqueado a todos los que habían sido tan ilusos como para enfrentarse a él. Ahora bailaba de manera ridícula con una botella de vodka en una de las manos.

La oscuridad no ayudaba a hacerse una idea de qué cojones estaba pasando; o igual era Mark, que estaba demasiado borracho como para procesar las cosas con claridad.

Peterson se limpió la sangre con la manga de su chaqueta y escupió al suelo.

—Eres hombre muerto, Clark.

Mark se relamió el labio inferior y sonrió.

—Sigue soñando, Peterson.

Dios. Estaba eufórico. Qué ganas tenía de partirle la cara a ese *quarterback* niño de papá.

Peterson se lanzó sobre él, pero lo que le habría valido a la hora de hacer un placaje en un partido de fútbol no sirvió para alcanzar a Mark. Este se había criado en la calle y lo suyo era el juego sucio.

Mark se apartó de su trayectoria, le hizo la zancadilla y lanzó un derechazo contra su cara. Los nudillos golpearon la piel, y Peterson se alejó siseando.

—¿Qué pasa, Peterson? ¿Problemas de equilibrio?

Peterson no contestó. Le enseñó unos dientes teñidos de rojo al tiempo que sus ojos refulgían con odio.

—Eres una puta rata tramposa y voy a acabar contigo.

Mark soltó una carcajada y alzó los brazos hacia el cielo.

—Adelante. Ven con todo lo que tengas.

Esta vez, cuando Peterson lo embistió, él no se apartó y ambos cayeron y rodaron por el suelo en un amasijo de puñetazos y patadas.

Entonces las sirenas lo paralizaron todo a su alrededor.

«Joder».

Peterson reaccionó más rápido que él. Lo empujó y salió corriendo con el rabo entre las piernas.

—¡Eh! —le gritó Mark—. ¡Te dejas tus pelotas aquí!

Por supuesto, Peterson no contestó y ni siquiera se volvió. Seguro que quería evitar que su rico papaíto tuviera que ir a recogerlo a comisaría. A él, por el contrario, no podía importarle menos. Mark ya había estado en el calabozo en más de una ocasión. Era una excursión habitual en su familia.

Todo era un caos total.

La policía empezó a bajar de los coches mientras todo el mundo trataba de huir. Porras en ristre, no tenían pinta de andarse con miramientos, aunque sabían que había menores por ahí. No era un secreto para nadie que las peleas en el parque de la Camorra, como lo apodaban, eran la tónica habitual, ya fueran entre estudiantes de instituto o universitarios. No lo llamaban el parque de la Paz, al fin y al cabo.

—¡Clark! ¡Levanta! ¡Es hora de irse! —Alguien tiró de él y lo obligó a levantarse. Se trataba de Harvey. Tenía un corte muy feo en una de las cejas, pero como su cara ya era fea de por sí tampoco marcaba mucho la diferencia.

—Te han dejado hecho un cromo, tío —le dijo, y Harvey sonrió.

—Tú no tienes mejor aspecto.

No pudieron continuar la conversación. Un coche tocó el claxon en la distancia.

—¿Alguien necesita un taxi? —La voz de Ivan les llegó desde el asiento del conductor. Y no se lo pensaron. Ambos jóvenes echaron a correr justo a tiempo de evitar que uno de los policías los alcanzara. Se subieron al vehículo de un salto y el viejo Mustang del 88 desapareció en la carretera.

Harvey soltó un grito de euforia y sacó el dedo corazón por la ventanilla del copiloto mientras Ivan hacía sonar la bocina una y otra vez.

Mark se recostó sobre el asiento y sonrió. Sentía su cuerpo vibrar.

—Dios, decidme que habéis visto la cara de McCann cuando ha venido la policía. Os juro que se me ha puesto dura.  
—Ivan sonrió y el humo del porro se le escapó por las comisuras de la boca. Harvey aprovechó, le quitó el canuto de la mano y le dio una larga calada antes de contestar.

—¿Y la de Warren? Creo que a ese sí que lo han pillado. ¿Os lo imagináis en la cárcel?

—Joder. Mataría por ver su reacción cuando se dé cuenta de que las sábanas no son de seda.

Ivan rio de manera estruendosa y un par de pájaros levantaron el vuelo, asustados por el escándalo. Mark siempre se preguntaba cómo era posible que una voz así de grave y exagerada saliera de un cuerpo tan pequeño.

—¿Y Peterson? —preguntó Harvey, sacándolo de sus pensamientos. Tendió el porro en su dirección, pero Mark negó con la cabeza y apuró su lata de cerveza.

—Creo que le he roto la nariz.

—Mola —dijo Ivan.

—Mucho —asintió Mark.

Cómo odiaba a los pijos del East Wood. Todos tan pulcros, tan carismáticos. Se creían con más derecho que nadie solo por tener los bolsillos de sus pantalones llenos de billetes. Intocables, admirados por todos, brillantes... A Mark le hacían vomitar. Solían acudir al parque de la Camorra en busca de..., sí, camorra. Con navajas ilegales, deportivos relucientes y cuerpos machacados en el gimnasio, siempre se metían en peleas con el grupillo de Mark y los demás. O, mejor dicho, el grupillo de Theo. Ese cabronazo era el rey indiscutible de la plebe.

Mark no llegaba a sentirse parte del grupo, no del todo. Solo los acompañaba porque se divertía con ellos. Bebida, sexo, tabaco y peleas. ¿El daño colateral? Tener que aguantar a Harvey y a Ivan más de lo que le gustaría. No llegaba a comprender por qué insistían tanto en acompañarlo a todas partes. No eran amigos, solamente eran personas que bebían juntas de vez en cuando.

Por suerte, no eran de lo peor. Odiaban tanto a los del East Wood como él. E Ivan tenía un coche que le dejaba con-

ducir de vez en cuando, aunque Mark hubiera sido incapaz de sacarse el carné. Harvey contaba unos chistes detestables, pero bueno. Todo el mundo tenía algún defecto.

Mark se levantó del capó del Mustang de un salto y arrojó la lata de cerveza sobre unos matorrales. Ivan soltó un taco y lo reprendió, pero Mark lo ignoró. Inspiró aire con fuerza y cerró los ojos. Desde ahí, en la cima del mundo, se podía ver toda Operetta, desde las montañas colindantes al centro de la ciudad, los barrios bajos, la zona de las mansiones y chalés de lujo.

Se sentía como un dios privilegiado. Lo tenía todo bajo sus pies. Podía hacer lo que quisiera. Era libre.

—¿Me estás escuchando, tío? Que solo tenemos un planeta, joder. ¿Tú sabes lo que contamina una sola lata de cerveza? —continuó diciendo Ivan. Se había bajado del coche y estaba recogiendo la mierda que la gente tiraba por ahí. Mark siguió sin contestar y dejó que el chico continuara despotropiando como un puñetero ecologista zumbado.

Pese a ser un lugar protegido, los lugareños no solían cuidar mucho ese mirador. De hecho, nadie osaba acercarse a él. Quizás era por su aspecto abandonado, por su mala fama, por los rumores que decían que estaba encantado o por una mezcla de todo lo anterior.

Los chicos del grupo de Theo solían acudir ahí muy a menudo, siempre para celebrar alguna victoria. Era su territorio. Un lugar lleno de mierda para la mierda que la sociedad solía desechar.

El lugar perfecto para gente como él.

—Eh, princesitas. ¿Todo bien por ahí?

Mark reconocería esa voz en cualquier parte. Abrió los ojos y giró la cabeza para mirar al recién llegado. Dos todoterrenos acababan de aparcar junto al Mustang de Ivan y de ellos se bajaron Theo y los demás.

—Vete a la mierda, Theo —le espetó Harvey y le hizo un corte de mangas. Aunque, a juzgar por su mueca burlona, no estaba enfadado—. Habéis tardado toda una eternidad. ¿Hay alguna baja?

Theo negó con la cabeza, orgulloso. Se acercó a Ivan, le revolvió el pelo y aceptó la cerveza que le tendía un tipo del que Mark no lograba recordar el nombre. Theo tenía a tantos chupapollas a su alrededor que era complicado seguirles la pista a todos y cada uno de ellos.

—No hagas eso —escupió Ivan, alejándose de Theo. Se pasó la mano por la cabeza y se despeinó su ya más que desastroso pelo—. No soy tu puñetero chucho.

—No te enfades, pequeño —dijo Theo con una sonrisa, y sus palabras fueron como un bidón de gasolina.

—¡Que no me llames pequeño! ¡No soy tan bajito!

Los demás rompieron a reír, y ni siquiera Mark pudo retener una sonrisa. Ver enfadarse a Ivan era como ver ladrar a un chihuahua.

Los ánimos no tardaron en calmarse y la fiesta dio comienzo. De uno de los todoterrenos empezó a sonar música a todo volumen y el alcohol y las drogas fueron pasando de mano en mano. La gente bailaba por ahí, fumaba, reía y gritaba. Theo llamaba la atención, como siempre. Ivan tenía algo de razón: no era tan bajito, el problema era que se rodeaba siempre de personas con aspecto de jugadores de baloncesto, así que parecía un Furby en comparación con los demás.

Mark volvió a hacerse con otra lata de cerveza y se la bebió apoyado en el tronco de un árbol, algo alejado de los demás.

Kiera aprovechó ese momento para acercarse a él.

—¿Te has enterado de lo de la fiesta de mañana? —le preguntó, mucho más pegada a su cuerpo de lo estrictamente necesario. Olía a cerezas, como de costumbre.

Mark ni siquiera la miró antes de contestar.

—¿Qué fiesta?

—La que van a hacer los pijos del East Wood. Theo quiere ir. Dice que podemos conseguir un buen botín.

Cómo no.

Por fin, Mark la miró. Kiera era, con diferencia, la mujer más guapa que había visto en su vida, aunque no guapa en el sentido tradicional de la palabra. Pelo castaño, ojos marrones, una nariz enorme que le daba el aspecto de un tucán. Podría decirse que no tenía nada de especial y, sin embargo, era su chica favorita. Estaba tan locamente enamorada de Theo que follar con ella no requería ningún compromiso serio por parte de ninguno de los dos. Lo cual era perfecto, porque Mark se negaba a enamorarse y lo único que buscaba ella era una manera de hacer callar a su dolorido corazón.

—¿Vas a ir? —insistió la chica. Había ido arrimando posiciones poco a poco y ahora Mark ya la tenía prácticamente encima.

Partirle la cara a Peterson, burlarse de la policía y un polvo con Kiera en la misma noche. Era su día de suerte.

No quiso seguir haciéndose el interesante mucho más tiempo. Dejó caer la lata de cerveza al suelo y la atrajo hacia sí de un fuerte tirón. Se fundieron en un beso desesperado, lleno de saliva, mordiscos, rabia. Mark apretó sus caderas con fuerza contra las suyas, haciendo que notara su dureza y Kiera gimió de manera queda. Cuando se separaron, tiró de ella y ambos se alejaron en la oscuridad.

A sus dieciocho años, Mark se sentía más vivo que nunca.